

## CAPITULO VI.

### LA BELLEZA DEL ALMA.

#### PARTE SEGUNDA.

##### EL GRAN MUNDO.

###### I.

Cuando todo lo que respira en la naturaleza parece seguir su curso regular, cuando amanece el día de igual manera que apareció el anterior, cuando cada individuo acude al desempeño de sus ordinarias labores y la vida parece deslizarse monótona á la manera que corre el agua de un manso arroyo, es seguro que en algun rincón del mundo hay un ser ignorado de la muchedumbre que puebla el universo, un ser que resume en sí solo todos los placeres ó todos los sinsabores de la vida.

En el gabinete de una casa de la *Carrera de San Gerónimo* existía la prueba de esta incuestionable verdad.

Era un gabinete de estudio, no un albergue de la voluptuosidad

y el capricho, no la mansión de la coquetería ornada por un amor voluble de lustrosos rasos y gasas transparentes.

El amor habia dirigido la decoracion de aquella morada; pero era un amor casto y virtuoso, y su obra representaba una pequeña galería de retratos de algunos de los mas célebres literatos españoles.

Los poetas de todas las escuelas sonreíanse entre ellos.

Góngora junto á Melendez, Cadalso al lado de Quevedo, Lope de Vega, Moratin padre é hijo, Tirso de Molina, Cienfuegos, Garcilaso, Quintana, Calderon, Iriarte y otros estaban allí antiguos y modernos confundidos como las piedras preciosas en el laboratorio de un diamantista.

Una escogida biblioteca ocupaba su lugar predilecto.

Selectas flores acariciábanse muellemente en sus jarros de porcelana exhalando suaves perfumes, cuyas discordes emanaciones formaban cierta armonía deliciosa, y entendíanse mejor entre ellas que una reunion de mujeres bellas y odoríferas.

El estudio y la poesía semejaban soñar allí día y noche.

Profunda calma reinaba en este gabinete, ocupado tan solo por dos mujeres jóvenes.

Las demás habitaciones de la casa respiraban sobrada animación.

Abriánse y cerrábanse las puertas frecuentemente, como para anunciar un acontecimiento extraordinario.

Una jóven de veinte años, de mediana estatura, de formas redondeadas y graciosas, parecia mas bien envuelta que vestida con una bata de seda á listas de varios colores ceñida á una cintura flexible y sumamente angosta, de la cual se levantaba á guisa de ebúrneo trono un pecho bien torneado.

Sobre dos hombros de inmaculada blancura paseábase la sombra de una cabellera de ébano, que descendía en bucles á la inglesa, de una frente pura ligeramente cruzada por el azul apenas perceptible de algunas venas.

Dos grandes ojos negros semejaban guarecerse en un verjel de larguísimas pestañas, cuyo sedoso brillo podía solo compararse con el de las pobladas cejas que los acentuaban.

Una boca de grana abríase á impulsos de encantadora sonrisa y ostentaba dos hileras de perlas blanquísimas de una igualdad sorprendente.

Parecían el rocío de la aurora en la corola de un clavel.

Diminutos piés cubiertos de raso negro, cruzábanse y se asomaban con timidez por entre los pliegues de la bata, como para hacer ver que eran gemelos de dos manecillas nevadas, que con negligencia seductora asían un tomito de las églogas de Garcilaso.

La linda lectora pronunció con indefinible donosura los siguientes versos:

Cual suele el ruiseñor con triste canto  
Quejarse, entre las hojas escondido,  
Del duro labrador, que cautamente  
Le despojó su dulce y caro nido  
De los tiernos hijuelos, entretanto  
Que del amado ramo estaba ausente;  
Y aquel dolor que siente,  
Con diferencia tanta  
Por la dulce garganta  
Despide, y á su canto el aire suena;  
Y la callada noche no refrena  
Su lamentable oficio y sus querellas,  
Trayendo de su pena  
Al cielo por testigo y las estrellas;  
De esta manera suelto yo la rienda  
A mi dolor. . . . .

—Esto es muy interesante— continuó la bella lectora;—pero demasiado triste. Me turba la imaginación como el humo aromático de un cigarro muy bueno.

En la mujer que acababa de pronunciar estas palabras, parecía todo natural; y sin embargo, tanto en el abandono de los pliegues de su ropa, en los lazos de sus cintas, en las ondulaciones de sus cabellos, como en sus miradas, en su sonrisa, y hasta en la más insignificante de sus expresiones, reinaba una coquetería sin límites.

En uno de los ángulos del gabinete estaba la otra mujer, que hubiera podido tomarse indistintamente por la tía ó la maestra de la coqueta, tal diferencia había entre las dos!

Con todo, eran de una misma edad; pero la última era tan repugnante como hermosa la primera.

No haremos la descripción de sus extrañas facciones por respeto á las virtudes que atesoraba en cambio su generoso corazón.

Copioso llanto manaba de sus ojos, y este llanto acrecentaba su fealdad.

Las lágrimas que son el adorno más seductor de una joven linda, la hacían más horrible.

¡Cuántas emociones agitaban su alma y enardecían su fantasía!

Todo espresaba en ella el más profundo dolor; aquel dolor inquieto que desea y teme saber, que pregunta á la esperanza, la halaga, la oprime, la dá tortura para que no se aleje.

Fijos sus ojos en el reloj, parecía que se hubieran clavado en él para activar ó parar sus resortes.

Cada minuto que alcanzaba la aguja atravesábale el corazón como el hierro candente que estigmatiza al criminal con una marca indeleble. ¡Pobre joven! La naturaleza habíase burlado de ella dotándola de una alma de poesía y de amor!

En esta alma, desconocida y oculta como la flor que nace y muere entre escombros, cobijábase todo el fausto de la belleza, atesorábase todo el lujo de las lágrimas y de los placeres.

Acerbos suspiros solazaban su pecho; pero no extinguían la amargura que arrancaba de sus labios esta desesperada exclamación:

— ¡Dios mio! ¡Dios mio! quitadme la vida.

Suena de improviso una campanilla.

— ¡Es él!... ¡es él!... Carlota, es Ramirez — exclamó con zozobra la desventurada Laura.

— Me has despertado... Empezaba á dormir... — respondió Carlota. — ¿Quién es él?

En este momento se presentó un criado.

— ¿Qué hay, Leandro? — le preguntó Laura.

— El señor facultativo — respondió el criado con acento que revelaba dolorosa emoción.

— Lo sabía por las palpitaciones que siento.

Ramirez se presentó descolorido como el jazmin.

Después de la escena de Ocaña, tributaba á Fernando tan asiduos cuidados como si los dos hubieran nacido de las entrañas de una misma madre.

— Anímese usted, amiga mia — dijo á Laura el jóven facultativo. — Es preciso que todos tengamos valor en un momento acaso el mas solemne de nuestra vida. Yo le tengo, Laura, le tengo porque me siento impulsado por un poder divino. ¡Oh! Dios estaria sin duda muy orgulloso de su creación! Yo trato solo de abrir unos ojos á su magnífico sol y siento elevarme en mi alma, y los demás hombres me inspiran piedad. Les miro desde muy elevada altura. Y usted, Carlota — añadió sonriéndose — es preciso que á lo

menos hoy dé usted un aspecto grave á su lindo rostro.

— Estoy desazonada — repuso Carlota; — pero afortunadamente he oido decir que la operacion de la vista es breve y poco dolorosa cuando el facultativo es hábil.

— Ya es hora de que aparezca nuestro jóven Milton — exclamó Ramirez aparentando serenidad. — Y ustedes, señoritas, no me han de estar muy cerca.... uno de mis amigos sostendrá la cabeza de Fernando; pero él está aquí.

Abrióse de repente una puerta, y presentóse Fernando con paso firme, el corazon tranquilo y la cabeza erguida, asido de la mano del amigo de Ramirez.

Parecia que se hubiera animado el grupo sublime del cuadro de Ingres que representa á Sinforiano yendo á morir mártir de su fé.

— Todos estais aquí — amigos míos — dijo con la sonrisa de un ángel el interesante ciego; — pero me parece que estais mas agitados que yo. Tranquilizaos, nosotros no deseamos mal á nadie y Dios nos ama. Él guiará la mano de nuestro buen amigo Ramirez. Dentro de algunos instantes os conoceré á todos, os veré como vosotros á mí, y quedaré indemnizado de los sinsabores que mil veces me ha causado la falta de la vista.

— Fernando mio — exclamó Laura con dulzura — no agites tu corazon. Siéntate aquí.

— Dejadme estrechar las manos de mi querida Laura, de esta alma de mis ojos, en los cuales va á encontrar un nuevo sentido.

Laura se adelantó y besó con todo el entusiasmo del amor las manos de su amante.

Obedeciendo á un signo del facultativo, apartóse Laura y se arrodilló delante de una imagen.

Empezóse la operacion en medio de un religioso y profundo silencio. Duró diez minutos.

El facultativo radiante de gozo exclamó:

— ¡Albricias!

Y vendó los ojos de Fernando, satisfecho de una destreza que no era de esperar en la primera operacion; pero lo cierto es que fué un prodigio capaz de acreditar por sí solo al mas diestro oculista.

Trascurrido el tiempo necesario, quitó Ramirez la venda del paciente, y le preguntó con afán:

— ¿Ves la luz, amigo mio?

— ¡Oh! sí, son los rayos del sol, no es fácil desconocer su hermosura—respondió Fernando lleno de gozo.

Levantóse sostenido por su bienhechor, su corazon palpitaba con violencia...

Miró ávidamente en torno suyo y se lanzó de improviso al cuello de Carlota, exclamando como fuera de sí:

— Tú eres mi Laura... ¡Qué hermosa eres!... Me habías engañado... no me habías hablado nunca de tu belleza.

— Se equivoca usted—dijo Carlota, y llevándole hácia la pobre jóven que permanecía aun arrodillada ante la sagrada imágen, añadió:— Laura es esa.

Levantóse la infortunada temblando, y al verla su amante se estremeció como si despertára de una pesadilla.

Retrocedió algunos pasos y cayó sin sentidos.

## II.

Conducido Fernando á su lecho, habíanle agitado tantas emo-

ciones durante luengas horas, que una fiebre violenta y pertinaz le devoraba.

Habia perdido enteramente la memoria y no quedaban en su imaginacion ni siquiera huellas de lo pasado.

Habia tomado tal giro su naturaleza, que semejaba á un loco que hubiese recobrado el juicio, y no conservase el menor recuerdo de lo que le habia sucedido en los accesos de su locura.

Ramirez, cuya vigilancia activa no descansaba un momento, sentia por Fernando cierto egoismo, comparable solo al de una madre que dá al mundo un nuevo ser y desea verle hermoso, perfecto.

El jóven oculista daba tambien un hijo á la sociedad; un hombre lleno de gratitud, que iba á pregonar por todas partes quien habia hecho el prodigio de su curacion.

La virtuosa Laura resignóse á su desgracia, y dejó que la bella Carlota la reemplazára junto á la cabecera del lecho de Fernando, no sin envidiar los cuidados que le prodigaba, como envidia la tierra una gota de rocío después de sufrir los efectos de un sol abrasador.

Laura, su lazarillo en mas felices dias, Laura, la aurora que le despertaba todas las mañanas en otro tiempo, se oculta hoy para no ser apercebida de él, para no espantar sus miradas á manera de espectro.

Desviábase de Fernando porque le amaba mas que nunca.

Huia de él para que no la aborreciera, y este desvío favoreció los proyectos de la jóven coqueta.

La primera belleza que habia visto Fernando era Carlota.

Su imágen encantadora habia hecho palpitár su corazon cuando creyó que era Laura.

Aquella impresion dejó en su pecho una herida profunda.

No podia olvidar los encantos de la una ni la deformidad de la otra.

Laura observaba todo esto.

Contemplábale triste y pensativo; pero no era ya aquella dulce melancolía que solia solazarse en una confianza amorosa, era una tristeza compañera inseparable de artificial disimulo.

Carlota, como hábil coqueta, escaseaba sus visitas al enfermo, y dejó enteramente de visitarle tan pronto como quedó del todo restablecido.

Habíanse deslizado algunas semanas.

Fernando no necesitaba ya de lazarillo.

Ya Laura le era absolutamente inútil.

La pobre jóven lo conocia muy bien, y nunca manifestaba el menor deseo de acompañarle.

Esta resolucion la tomó un dia fatal, en que pasando los dos por la Puerta del Sol, oyeron que en acento burlon decia un mozalvete:

—¡Vaya un gusto delicado el de ese caballero!

La vanidad de Fernando recibió una honda herida.

Acusándose de cobardía y debilidad, le era imposible soportar las miradas de una sociedad que empezaba ya á conocer.

Si hubiera dicho á los que se mofaban de él: «esa mujer ha consagrado su juventud á cuidarme; ha sido mi ángel custodio mientras iba yo errante entre tinieblas.

Mientras vosotros desdeñábais al pobre ciego, ella me sostenia en su brazo, me asía de la mano para servirme de guia.

Vosotros no la amaríais, porque no es hermosa ni viste con elegancia; pero yo la adoro, es mi ídolo, mi gloria, esa mujer

que merece vuestro escarnio, porque habeis de saber que existe solo para amarme.

Contempladla bien, es mi querida.»

Si esto hubiera dicho, repetimos, hubiera subido, á no dudarlo, de todo punto la mofa de los espectadores, y á la mofa hubiera seguido el escándalo.

Fernando amaba aun á Laura; pero se avergonzaba de ello, y notando que ella no le queria como antes, segun todas las apariencias, resolvióse á obsequiar á Carlota para vengar el agravio de los que le habían tildado de mal gusto.

Ansioso de instruirse en lo que no se lo habia permitido la falta de la vista, pasaba el dia estudiando y salia por la noche á dar cuenta de sus progresos á la hermosa Carlota.

Deslizóse así algun tiempo.

Cada dia se retiraba Fernando mas á deshora.

Laura le aguardaba vertiendo lágrimas acerbadas, hasta que vió rayar el dia fatal en que el infortunio de esta desventurada jóven tocó á su colmo.

Fernando no volvió á su casa.

La abandonó, al parecer, para siempre!

Este golpe laceró de nuevo el corazon de Laura; pero no le causó la mas leve sorpresa: le tenia previsto.

—¡Dichosa Carlota!—esclamaba llorando.—No debo reprenderla, no lo merece. Fernando la ama, porque el amor de un jóven solo puede conquistarle una beldad. Con los afanes y desvelos, con la asiduidad, con los cuidados, con todo linage de beneficios, puede conquistarse la gratitud, pero no el amor. De nada sirven largos años de esmero, y una sola mirada, una sonrisa, una palabra, un leve signo es lo que basta á veces para vencerle.

Estas son las redes de las hermosas. Hace bien Carlota en valer-se de ellas. Tampoco debo culpar á Fernando. En otro tiempo obedecía á su corazon; ahora sigue la avidez de sus ojos. Quien sabe si empañados por los mismos rayos del sol, cansados de disfrutar de unos goces de que se han visto privados tanto tiempo, dejarán otra vez su imperio al alma! ¡Vana ilusion! Vivan ellos felices, toda vez que para mis males no hay mas término que la muerte. Afortunadamente viviré poco... Sufro demasiado para que mi dolor pueda prolongarse... Dios se apiadará de mí.

Unidos en amorosos lazos Fernando y Carlota lanzáronse imprudentes al proceloso mar de los goces materiales.

Confundiéronse juntos en la ebullicion del gran mundo, perdiéronse en los torbellinos de polvo que levanta el libertinage sin freno.

Colocado Fernando en una posicion brillante, no le faltaron numerosos amigos.

Llovíanle de todas partes aduladores que le conocian desde su mas tierna edad, y de quienes jamás habia oido los nombres.

Era rico y tenia una linda compañera ¿cómo no habian de rodearle ciertos moscones que tanto abundan en los salones del buen tono?

Sensible á los placeres, dejóse llevar de los impulsos de una avidez frenética.

Nada le saciaba ya...

Madrid le parecia monotono.

¡ Siempre los mismos paseos!

¡ Siempre igual sociedad!

Carlota le hablaba con entusiasmo de las costumbres de París.

¿Qué elegante no ha estado en París?

Fernando se fastidiaba ya en la capital de España.

No conocia que era porque le faltaba su ángel tutelar.

— Sentia un vacío en su corazon, y el insensato buscaba llenarlo con el exceso de los goces; pero en todas partes se aburría cada vez mas.

— ¡ A París! — gritó desesperado un día. — Es preciso huir de esta monotonía insoportable.

— ¡ Bendito seas! — exclamó á su vez Carlota. — Ya verás, amigo mio, cuán dichosos vamos á ser en París.

### III.

Habíanse deslizado seis meses, desde que Fernando y Carlota abandonaron los placeres de la córte de España para disfrutarlos mayores junto al Sena.

Eran las dos de la madrugada.

Una lujosa berlina se para á la puerta de un palacio de la calle de *Richelieu* de París.

Dos personas se apean, una jóven cubierta de un largo albornoz de raso color de rosa, cuya capucha caida sobre la espalda permitia ver un elegante tocado de perlas y flores, y un caballero envuelto en su finísima capa á la española.

Ambos se internaron en una habitacion espléndida y fria sin que el caballero diera la mano ni el brazo á la dama.

Un criado grave tomó la capa del caballero y una doncella alegre y vivaracha el albornoz de la dama.

Dirigiéronse juntos á un gabinete suntuoso.

Esta vez nada campeaba allí que indicase amor al estudio.

Preciosos espejos, riquísimos cortinages, relojes dorados, sillaría magnífica, bellas alfombras, y cuadros que representaban escenas sobrado libres, todo respiraba amorosa molicie y deleznable voluptuosidad.

Abundante fuego ardia en la chimenea, y nuestros dos personajes, después de haber cambiado sus trajes de *soirée* por su *negligé de nuit*, sentáronse junto á la lumbre sin dirigirse una sola palabra. El caballero estaba pálido, triste y flaco.

Sus grandes ojos parecían lánguidos y como si sufrieran.

Suspiraba á menudo; pero no era el pesar de un pobre agoviado por la escasez y las privaciones el que se pintaba en su semblante, era el tédio del rico á quien ahoga la indigestion de todo linage de saciedades.

El semblante de la dama formaba contraste con el de su compañero.

Agradablemente sonrosado, destellaba frescura y jovialidad.

Sus negros ojos giraban inquietos como en busca de algun objeto perdido.

Una sonrisa de satisfaccion siguió á las escudriñadoras miradas, y levantándose repentinamente, cogió un billete que estaba como olvidado en una silla, y lo escondió precipitadamente en su seno.

Volvió á sentarse y preguntó al jóven que tenia á su lado.

—¿No te acuestas esta noche, Fernando?

—¿Te incomoda mi presencia?—preguntó el jóven á su vez.

—¿Por qué dices eso?

—Podria suceder... Quién sabe si tendrás que leer algun billete amoroso.

—¿Algun billete!

—Sí, Carlota—añadió bruscamente Fernando— el billete que acabas de ocultar en este instante.

—¿Yo!

—No mientas.... He visto que acabas de esconder en tu pecho una carta. Quiero verla.

—¿No mientas! ¿Quiero verla! ¿Qué language es ese? ¿Sabes que estás insoportable?

—La carta.

—Te vas volviendo adusto como un marido.

—No soy tu marido, tienes razon.

—¿Vaya si la tengo! Y ningun contrato nos liga... ambos somos libres, y toda vez que deseas *que no mienta*, voy á decirte francamente que no hemos nacido el uno para el otro.

—Yo no he nacido para nadie, es cierto... ni debia haber nacido. La vida me es odiosa. No habia visto el mundo. Abrieron mis ojos y me hicieron infeliz. He vivido ya demasiado, me fatiga la existencia, y no me siento con fuerzas para soportarla.

—Porque te has vuelto regañon insufrible! La vida es igual para todos los que tienen recursos; pero á tí te molesta lo que agrada á los demás.

—Es cierto, me fastidian los placeres... Ayer herí á un hombre en desafio por una leve disputa. Tal vez morirá de la herida. Para ser hombres de honor es preciso aprender á ser asesinos. Esta noche he jugado solo por vanidad... para hacer ostencion de que aun soy rico... para que me admirasen cuantos me rodeaban. He perdido como siempre... Se empieza á murmurar que estoy arruinado... Solo faltaba ahora que vinieran á atormentarme los celos.

—Pues todo eso es magnífico, amigo mio. ¿Un duelo! ¿Un re-